rico; se escucha la vocecilla destemplada y monótona del organillo; danzan las marionettes al són de una flauta melancólica y pasan las máscaras ébrias de alegría y de vino.

Stravinsky —hombre de su época; él mismo dirigió la adaptación de sus obras para el piano mecánico— conduce la orquesta que ejecuta "Petrouchka", en la edición de "Columbia". El "récord", así, es una obra de alto valor artístico. Y la grabación es excelente.

Me dicen que ha llegado "Tristán", completo en veinte discos, dirigido por el propio Siegfried Wagner. Pero— seguramente no habrán venido muchos álbums— la obra se ha acabado inmediatamente. Espero —para dar mi comentario— que llegue de nuevo, el "récord". En "Monde" he visto anunciada la edición de la "Sonata en la" de César Franck, una de las páginas más nobles, más puras de la música. Tampoco existe en Lima.

M. W.

NECROLOGIA

ADALBERTO VARALLANOS

El nombre de Adalberto Varallanos, no había llegado a ser familiar al público. Varallanos, en su corta actuación literaria, acaso por cierta hurañez de espíritu no conformista, quizá porque su gusto exigente ejercitaba ante todo su crítica sobre su propia producción, hizo un uso muy parco de la publicidad. No se preocupó nunca de llamar la atención de la crítica ni del público sobre su presencia en la escena literaria. Esta presencia, sin embargo, no fué por eso menos evidente y destacada. Varallanos, con algunas pocas muestras de sus dotes de prosador, se había señalado como uno de los escritores de porvenir de la nueva generación.

Tenía Varallanos innato don de crítico. Empezaba apenas a cultivarlo, a educarlo, con sagaces lecturas. Pero en la tertulia de los corrillos literarios, revelaba siempre esa difícil facultad de categorizar y de clasificar que distingue al crítico verdadero. La estrecha vida del estudiante provinciano, en una ciudad sin bibliotecas, sin cenáculos cultos, sin atmósfera intelectual, le impedían emplear y afinar sus aptitudes. Varallanos no dispuso de materiales ni de ambiente para trabajar útil y seguramente. Este fué su problema. Lo habría resuelto, al fin, con su alacre y tesonera voluntad; pero la tuberculosis insidiaba, sin que él lo supiera, sus fuerzas.

Tenía entusiasmo de suscitador. Echaba de menos en su generación esos impulsos, esas afinidades selectivas que en otras partes dan vida a los equipos de renovación artística. Participó, con este sentimiento, en la tentativa de "Jarana", en cuyas páginas reveló sus dotes para el relato. Colaboró, antes, en el esfuerzo editorial de Manuel Beltroy y, cuando este fervoroso animador de empresas libreras, superiores al ambiente, se alejó del país, intentó solo reemplazarlo en su labor.

Le faltaban, sin duda, ideales capaces de sostenerlo en su lucha. Era generalmente escéptico y negativo. Pretendía confinarse, como literato, en un esteticismo egoista. Pero no hay que juzgarlo por estas actitudes, reacciones efímeras de su temperamento contra un medio adverso y mediocre. Varallanos era un hombre en formación, al que no es posible juzgar por lo que dijo ni lo que hizo, sino por todo lo que en potencia, en germen, podía descubrir en él un espíritu comprensivo y atento.

Lo recordaremos siempre con tristeza como una promesa malograda, como una juventud frustrada, en la que pusimos simpatía y esperanza.

Y al despedirlo, nos asociamos sinceramente al duelo de sus hermanos, nuestros queridos compañeros José Varallanos, nobilísimo poeta, y Andrés Varallanos, joven pioneer de la renovación de Huánuco.